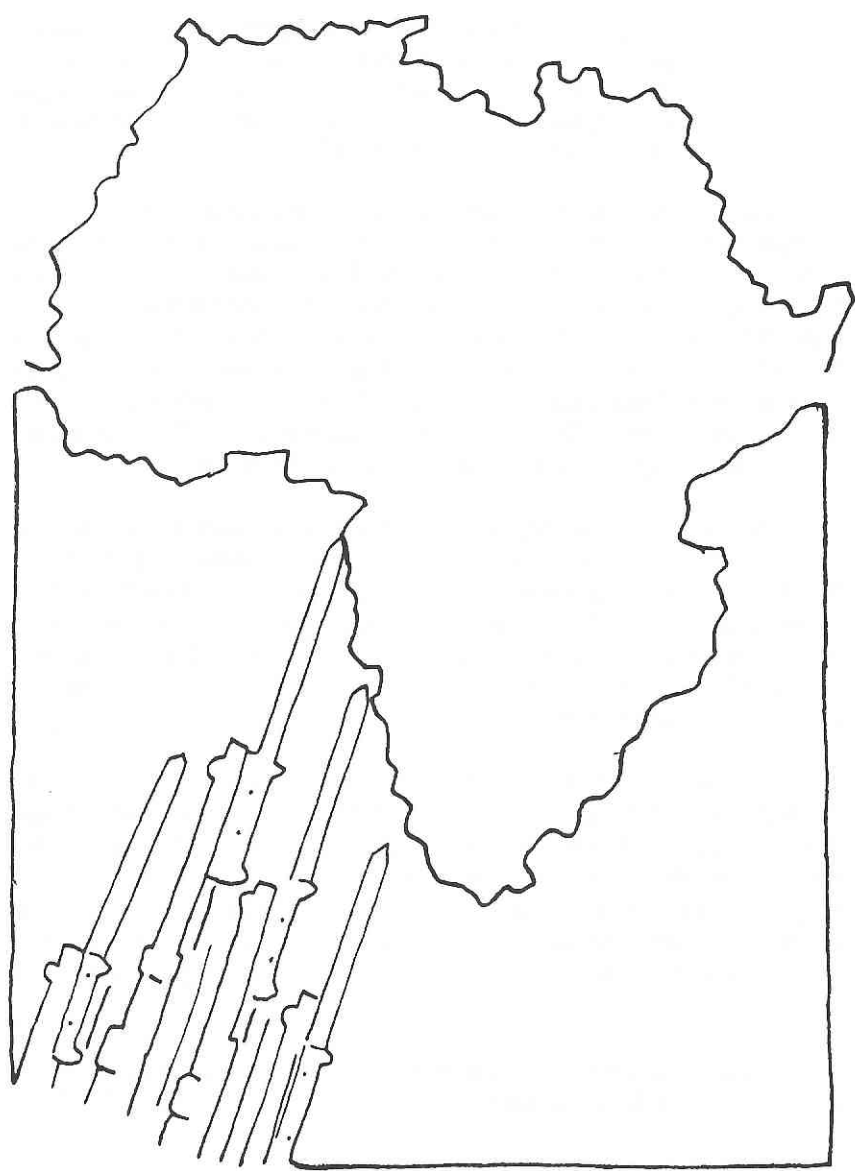




LOS PERSONAJES DE LA NARRATIVA SUDAFRICANA (1950-1979)

Trino Borges

a. El universo de los Africanos (negros y mestizos)

Un mundo hecho de violencia. Todo lo de allí ha sido impuesto. Es la consecuencia directa de la dominación que implantó el invasor de esa geografía, y que posteriormente han ejercido sus sucesores, sus continuadores. El que llegó -unos en 1652 y otros en 1806- vino para quedarse, y lo que erigió como sistema social, económico y político, fue a base de la desarticulación de lo existente anteriormente.

Lo imperante hoy, después de 1948, es continuación de las imposiciones que vienen del pasado: lo demás han sido fases, hitos de esa violencia que en lo más externo podría tomar los nombres de los hechos o sucesos que la exteriorizan fenomenológicamente: el establecimiento de la colonia del Cabo, las llamadas guerras **caffres**, la creación de las repúblicas boers, las estructuras que se implantan en el siglo XIX para explotar las minas de diamantes y oro, la constitución de la Unión Sudafricana de 1910, la promulgación de la ley del trabajo (**Native Labor Act.** 1911), y la de tierras (**Native Land Act.** 1913), etc, etc., hasta desembocar en todo lo que se conoce actualmente con la denominación de **apartheid**, pasando por décadas tan decisivas en el ejercicio de esa dominación como fueron los años 20, 30 y 40. Lo demás es el presente que se estudia, que está a la vista.

Podría preguntarse ¿cuáles son, quiénes son esos personajes de la narrativa sudafricana contemporánea, pertenecientes a ese **ghetto**? Los que provienen de allí, son hijos de esa violencia: son seres que se sienten perseguidos, acosados por la realidad que los limita, que los reduce por todas partes. Detrás de los pasos o de sus huellas están unas leyes y un aparato burocrático que las esgrime amenazadoramente en forma constante. Por encima de ellos está un poder, suerte de ojo inquisitivo que escudriña minuciosamente, para mantener en sus manos su vigilancia permanente. Los personajes sienten en su piel esa inmensa pupila alerta. Esa es la percepción de Ransouli en "Los que escriben los papeles", de Phyllis Altman, un viejo analfabeta que había venido, 40 años atrás, de Mozambique, a vivir en el lugar, allí se residencia, formó familia, pero de pronto una nueva disposición legislativa lo localiza en el barrio y lo obliga a una deportación, regresar a un origen que dejó de ser suyo:

"Era incapaz de entender el poder de la autoridad. Ignoraba cómo, en este vasto país, su ojo lo había descubierto viviendo tan tranquilo en su casita de dos cuartos y un taller. El ojo lo había visto a él, hormiga en una comunidad congestionada y turbulenta, y al verlo le resultó tan odioso que era necesario sacarlo de escena, desprenderlo de su mujer y de Sipho y Tabo, su don y alegría, los dos hijos de la hija muerta".

Ese ojo busca afanosamente, puesto que esa es su función. Su objetivo es detectar, localizar una acción delictiva, supuesta de antemano como si fuera un hecho real comprobado. En **Episodio en el Transvaal**, un policía le relata a otro una de sus tantas faenas realizadas, y lo hace ostentosamente:

"Tuvimos que ponerles trampa (a una mujer africana y a un hombre blanco). Vigilamos una cabaña vacía situada en el límite de sus tierras. Y una noche llegó la **kaffir**, llevándola de la mano (...). Bueno, entraron en la choza y nosotros miramos por la ventana. (...) No podíamos verlo todo, pero la luz de la luna formaba un rayo que atravesaba la choza y cada vez que él se movía la luz le daba en el culo.

Entramos con antorchas y quisiera que les hubiesen visto las caras. Los detuvimos y nos llevamos a la muchacha al médico del distrito para examinarla. Ahora hay que hacerlo así: hacen falta pruebas médicas".

Y Winnie Mandela, como para corroborar en la vida real lo que esa narrativa no ha desmentido y que ha tematizado tantas veces, hablando de su caso particular en un libro autobiográfico, señala ese celo tan exagerado del aparato represivo sudafricano:

"Gert Prinsloo, policía de seguridad, había sido especialmente designado para vigilar todos mis movimientos. Era más que cuidadoso para sorprenderme violando la orden de confinamiento. Durante el primer año, Prinsloo a cada rato llegaba a media noche para registrar debajo de la cama y debajo del armario justamente para revisar si había algún visitante prohibido".

A veces los individuos de esta narración ante el acoso de que son objeto tratan de encontrar los sitios más insólitos para ocultarse de esa mirada, aunque sea por brevísimo tiempo. Beukes, un mestizo, militante de la clandestinidad política, protagonista de **En la niebla**, de La Guma, escoge:

"Un lujoso distrito blanco de la ladera de la montaña: un distrito tranquilo y respetable que la policía no patrullaba con frecuencia. Allí había pasado dos noches de nerviosismo e insomnio, en una bonita hondonada del terreno, entre pinos y perfumados matorrales".

En la novela de Harry Bloom, Mabaso, es una figura política de un barrio, dicha localidad se levantó en 1953 en contra de las autoridades; la policía intenta apresarlo a través de grandes redadas, con la intención de ajusticiarlo, él logra escapar y se deja llevar expresamente, sin que nadie haya podido reconocerlo, para esconderse momentáneamente nada menos que en un lugar de reclusión policial, en donde pasa desapercibido varios días:

"Al fin supieron que estaba allí." Fue poco después del mediodía. No se supo cómo se enteraron. Puede que hubiera un informante en el patio, o puede que un preso lo dijera durante un interrogatorio, para aminorar la presión sobre sí. Pero media docena de policías dirigida por el teniente Swanepoel llegó al patio y llamó a Mabaso".

Frente a esa persecución permanente como cuestión institucional del Estado racista, los personajes de esta narrativa aparecen con algunos sentidos muy desarrollados, privilegiados dentro del conjunto de la sensorialidad; los otros -el tacto, el olfato, el gusto- se oscurecen, pasan a un segundo plano. Realmente el aparato receptor de las cosas del mundo tiende a descansar casi con exclusividad en el oído y en la vista. Ambos sentidos hipersensibilizados funcionan como armas defensivas del individuo. En su captación de la realidad, se orientan casi en una sola dirección: recoger, porque son las determinantes, imágenes relativas al peligro, es decir, los ojos, los oídos sirven de atalaya para avisar y prevenir, puesto que en la mayoría de las ocasiones la supervivencia de estos seres va a depender de esa particular capacidad auditiva y visual que tengan: de la rapidez con que capten o capturen las señales o los signos de un posible riesgo venidero o inmediato.

Mphahele en "La maleta" centra la anécdota de su cuento en Timi, un desempleado que busca trabajo. Deambula por las calles, de un sitio a otro, ofreciéndose para una actividad laboral. Su desplazamiento urbano lo motivan sus necesidades más elementales. Timi cree en el destino, le parece que un golpe de suerte modificará su situación de pobreza, por eso se aferra a un maletín hallado azarientemente en un tren. De pronto se encuentra frente a un operativo policial, que desde luego siempre es riesgoso para un africano, y por eso tiende simplemente o instintivamente a eludirlo:

"Recobró la atención cuando vio brillar una chapa. Rápidamente se deslizó a un patio abierto, propiedad de un chino. La Providencia lo protegía, pensó mientras corría a ocultarse tras la gran puerta de hierro, con el corazón en la boca".

Bloke Modisane en "Dignidad de mendigo" desarrolla una sátira alrededor del tema de la mendicidad. Nathaniel Mokgomare, a pesar de una deformación en una pierna se mueve continuamente y con gran dinamismo por las calles de la ciudad. Con su vivacidad obtiene sus limosnas, pero también intenta librarse de la represión:

"De pronto vio una chapa policial abriéndose camino. ¡Este lugar no espárame!! Arranco y me escabullo entre la gente. Se arma un barullo, regular, con todo el mundo tratando de abrir paso. Corro unos minutos, tropiezo y caigo de bruces. El policía se agacha y aferra mi brazo".

Harry Bloom estructura toda una novela en base a la rebelión de un suburbio de habitantes negros. Los levantamientos de comunidades han sido muy corrientes en la historia de Sudáfrica, también son comunes las formas represivas que han empleado las autoridades para sofocarlos. En el caso de esta obra, a partir de una manifestación pública, del enfrentamiento producido, la localidad fue sometida a constantes redadas, a continuos allanamientos. Al poblado se le mantuvo en zozobra durante varios días. Dentro de una situación tensa, llena de peligros por todas partes, es en donde se da esta actuación de uno de sus habitantes, Lukhele, cuya esposa está presa:

"Estaba como a media milla de la casa de Mabaso cuando oyó por primera vez las sirenas. Las escuchó, tenues y lejanas, y se detuvo a oír cómo aumentaba su plañido. Veía dos vehículos acercarse rápidamente por el camino del pueblo. Miró aterrado a su alrededor; entonces entró en una senda y se agachó detrás de un latón de basura. Estuvo allí un rato tratando de decidir lo que iba a hacer".

Alex La Guma toma la clandestinidad política sudafricana y la convierte en la historia de una narración. Es el tema de **En la niebla**. El cuadro general del país en ese momento son las grandes arremetidas del régimen racista, estos protagonistas de la cita están realizando un trabajo organizativo:

"Algo traqueteó en el techo de la casa, una piedra lanzada que rebotó en los canales del tejado. Elías ya estaba de pie y apagaba la lámpara. Beukes pudo ver sus dientes blancos, a través de la barba corta y rala, en el ancho rostro pálido oscuro. También él se había puesto de pie; su rostro con una expresión de sorpresa (...) y la voz de Elías decía bruscamente:

-Corre, viejo. Vete".

b.- Variabilidad

Tanto el sector social negro como el blanco, no son uniformes, homogéneos, compactos, cada uno de ellos en sí mismo. Y no podían serlo de otra manera. Sobre cada sector pesa la división de clases sociales, que en sí no la genera la pigmentación de la piel de los individuos, sino el específico desarrollo económico que allí se implantó. Es cierto que ese color de la piel se convierte en el eje centralizador de toda la vida sudafricana, y sobre el cual gira todo el quehacer de esa región sureña, pero lo cual no invalida la razón de ser ni la fundamentación de una sociedad dividida en clases sociales. Es a partir de este principio y de este hecho en que se construyó, se desarrolló todo el racismo de la historia de Sudáfrica, y dentro del cual, el **apartheid**, con la llegada de los nacionalistas al poder en 1948.

En ese mundo africano que presenta la narrativa puede localizarse cierta multiplicidad, con algunas matizaciones sociales. En su captación y en sus preferencias, los autores confeccionaron sus diversos personajes de esa realidad. Una de las cosas que salta a la vista es la preponderancia de individuos adultos del sexo masculino, desempeñando papeles que pueden ser protagónicos para unos, con actuaciones secundarias para otros, e igualmente seres que sólo lo son de relleno en la acción narrativa. En cambio la mujer aparece en forma menor, en una cantidad poca significativa, muy escasamente como centro de las obras: su actuación está muy apenumbada. Y con relación a los

niños, éstos dan la impresión de que no existieran: casi no entran en la percepción del escritor, salvo haciendo bulto en los cuadros de manifestaciones públicas, nunca como personajes-ejes de las obras.

En cuanto a esos individuos adultos en la diversidad de ellos, son perseguidos por el aparato estatal: unos vienen de una militancia política, y son vistos en la clandestinidad o en la cárcel; otros están en actividad laboral, pero siempre constreñidos, vigilados y controlados; otros serán desempleados en iguales condiciones de represión. Asimismo hay los que hacen vida delictiva (asaltos, robos, asesinatos, etc). Existen también los funcionarios, que pueden pertenecer a una oficina pública o simplemente ser policías; están los confidentes, e igualmente los indiferentes. Es decir, toda una gama de posibilidades. Por ejemplo, una buena parte de la obra de La Guma hasta el 76, trabaja con la temática de la clandestinidad política. Son muchos los personajes en sus páginas que realizan actividades subversivas (organización de cuadros, divulgación de propaganda, etc). Beukes, Elías Tekwanes, Isaacs, de **En la niebla**, que recorren la obra de punta a punta, y Henny April, ya al final (capítulos XVI y XVIII). En **País de piedra**, con George Adams y Jefferson, primero en las calles en labor de propaganda, y después en la prisión en espera de que le dicten sentencia. La misma cuestión se localiza en dos relatos de Richard Rive: en "Andrew" con Andy, en su doble subversión: lo político y lo amoroso; en "Huelga", con Boston Cleote y Len Damons, el primero escritor y el segundo pintor.

En cuanto al esqueleto administrativo, los africanos que se ubican allí son pocos, y en un orden jerárquico de bajísima significación social. La Guma, por ejemplo, da una pintura de la Oficina del Comisionado de Asuntos Indígenas, situada en un pueblo pequeño, más bien rural, del interior del país. Allí acude Elías, de **En la niebla** en busca de la documentación personal cuando cumplió 16 años. Dentro de los funcionarios de esa dependencia hay dos individuos: "Un policía negro, con un casco", armado de un knobkerrie, una especie de garrote con una

protuberancia en el extremo, que "dormitaba en el banco al sol"; "un empleado africano, que usaba unos tirantes rojos". Otras veces los africanos están en los mismos lugares de reclusión, como en la estación de policía, a donde llevan a Elías preso: "Dos vigilantes africanos: que portaban unas lanzas cortas, entraron y se quedaron cerca del grupo"; o en la cárcel de la novela **País de piedra**:

"Los guardias se marcharon, dejando en la galería a un guardia mulato con uniforme caqui y topi, para que vigilara al Chico de la Casbah: no les gustaba que los condenados a muerte se colgaran ellos mismos en sus celdas antes de llegar al patíbulo oficial".

Dentro de los seres que pululan en las páginas lagumianas, también los hay pertenecientes a la vida delictiva. Ya existente esto desde su primera novela **A Walk in the Night**. Ese relato está saturado de las tipologías más variadas en el ejercicio del delito: Michael Adonis, Willieboy, Sockies, Greene, Flippy Isaacs, etc. Asimismo en la cárcel de **País de piedra** hay una muestra muy variada: el Carnicero William, Solly, Albert March, Yusef el Turco, Brekes Paterson, el Bizco Samuels, Pinks, Moos, Johnny, etc.

Dentro de las tantas matizaciones sociales de los personajes no podía faltar la figura del indeciso. Era imprescindible que estuviera presente en el enfrentamiento contra el sistema racista, por cuanto ante los planteamientos de los que son radicales en la lucha, a él le correspondía desempeñar el otro papel:

"No se trata de que no quiera seguir -había dicho Bennett, de **En la niebla**- pero uno tiene que entrar a considerar algunas cosas. Los guardias están trabajando. Oí que están llamando a todas las personas conocidas para interrogarlas. El condenado Ministro ha recibido poderes para habérselas con la gente como le plazca. Uno tiene cosas que tener en cuenta: un empleo, una casa, y... y Nelly. Ella no es mala. Buke, de verdad, pero sigue y sigue. Tú sabes cómo es eso, ¿eh?"

Los indiferentes serían los que nos tendrían opinión ni reacción política; carecen o no expresan ninguna calificación al régimen: se dejan arrastrar. Timi en "La maleta", de Mphahlele; Tomy en la novela **En la niebla**, de La Guma.

En esta narrativa también aparece la ambigüedad, distanciada en cierto modo, de la fluctuación y de la indiferencia. Se manifiesta en quienes desean variaciones sociales, que repercutan beneficiosamente en sus vidas particulares, en el progreso de sus anhelos, pero estos seres no logran romper el eslabón social que los ata, y se quedan en un punto fronterizo, sin poder construir el discurso político de análisis crítico. Sería el caso del personaje africano y el blanco afrikaner del cuento "Un trago en el pasillo", de Alan Paton: la insatisfacción de ellos no desemboca en el enfrentamiento abierto y radical; asimismo estaría la figura de William Apollis en el relato "Fiesta" de James Matthews.

Hay un sector de la comunidad africana que no es frecuente hallarlo en la literatura sudafricana. Pocas veces aparece representado en algún personaje de la narrativa: son los negros que se han enriquecido en los suburbios con la actividad del comercio. Son en sí un nivel social muy bien diferenciado del resto de los habitantes de un lugar determinado. Pertenecen a un grupo muy pequeño dentro de esas localidades africanas. El escritor Harry Bloom es de los pocos que ha dado una percepción del fenómeno -los inicios, realmente, de un proceso de aburguesamiento a principios de los años 50-, en la figura de Ndimandi:

"Después de visitar sus tres tiendas, metiéndose el dinero en los bolsillos del pantalón y supervisando el cierre, Simón Ndimandi se había sentado en el automóvil".

Como podría esperarse, este individuo encuentra alguna hostilidad en los otros residentes del lugar:

"Fue hasta la plaza en el auto y se quedó en él observando cómo se congregaba la gente. Al poco tiempo comprendió que el auto resultaba en cierta forma provocativo: era un

brillante Buick grande y negro. Ndimandi no era popular en la locación: demasiada gente le debía dinero. Su falta de popularidad no le moletaba; de hecho, la consideraba una especie de elogio, un tributo a su riqueza, pero cuidaba siempre de que esto no lo llevara a situaciones desagradables”.

Lo cual no quiere decir que en un momento circunstancial producto de la emergencia por el acto de rebelión de una comunidad entera, el racismo más recalcitrante no arremeta contra él y contra otros del mismo grupo, y sin que las diferencias sociales -el aburguesamiento en ciernes- pueda tomarse ya en cuenta en la represión contra ellos.

FUENTES CONSULTADAS

BLOOM, Harry. **Episodio en el Transvaal**. (Trad. María Teresa Ortega). La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1976, 235 págs.

FAYOLLE, Colette y GOLDBERG, Samuel (Comp.) **Narrativa africana**. La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1978, 620 págs.

LA GUMA, Alex. **País de piedra**. (Trad. Miriam de Quesada). La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1977, 200 págs.

———. **En la niebla**. (Trad. Lidia Pereira). La Habana. Editorial Arte y Literatura, 1979, 215 págs.

MANDELA, Winnie. **Parte de mi alma**. (Trad. Equipo de traductores del DOR). La Habana, Editora Política, 1986, 192 págs.

SHORE, Herbert L. (Comp.) **Sudáfrica en el cuento**. (Trad. Mina F. Reuter). Buenos Aires, Editorial Convergencia, 1977, 112 págs.